



PN4086
A33
1905
c.1



1080107937

By a 12-
Biblioteca Jovis Vol. 243
Regalo de Sr. J. Brunen Mexico.

0093-01360

Juan Ramon Castillo

Octavio Mascareñas.
Brownsville, Tex. agosto de 1925

EL ARTE
DE
HABLAR EN PÚBLICO

25800

EL ARTE
DE
HABLAR EN PÚBLICO

ESTUDIO PSICOLÓGICO DEL ORADOR

*Traducción de la obra de
Maurice Ajam, « LA PAROLE EN PUBLIC »,
aumentada con estudios especiales sobre oradores ingleses,
españoles y mexicanos*

POR EL
Lic. JESÚS URUETA



PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET
PARÍS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

1905

PN 4086
A33
1905



PREFACIO

DE LA

PRIMERA EDICIÓN FRANCESA (1895)

Los lectores á quienes se dirige este libro tienen oportunidad de conversar con hombres que, por su situación en la política, en el foro ó en el profesorado, están obligados á discurrir diariamente. Si les interrogan haciéndoles esta sencilla pregunta: « ¿De qué manera habéis aprendido á hablar en público? », pueden observar que muchos de ellos se encontrarán perplejos para responder.

Esta perplejidad proviene tal vez de un sentimiento de natural pudor que impide á los oradores revelar sus procedimientos íntimos. Algo de esto he encontrado en mis numerosas investigaciones. Proviene también probablemente de que los ora-

dores, cuando han llegado á la perfección de su arte, no se dan ya cuenta exacta de las dificultades del camino recorrido.

La mayor parte de ellos podría responder con sinceridad: « Hemos aprendido á hablar conforme á un método semejante al que emplean algunos maestros de natación, que comienzan por arrojar á sus alumnos en diez pies de agua, á reserva de extenderles *in extremis* una percha. » La primera vez el principiante se zabelle y traga grandes sorbos de agua; luego acaba por adquirir sangre fría, por coordinar sus movimientos y nadar.

De miles de oradores interrogados, muy pocos confesarán, si quieren hablar sinceramente, que han seguido los consejos de la Escuela. Son contados los que leen á Cicerón después de la clase de retórica y conocen la Institución oratoria de otra manera que por dos ó tres versiones latinas, laboriosamente trasladadas antaño á fuerza de diccionario.

La verdad es que la antigua retórica ha caído, en nuestros días, en un descrédito absoluto. Hace mucho tiempo que pasaron de moda las divisiones ciceronianas. El discurso moderno, aun cuando sea un sermón, ha perdido la mayor parte de los caracteres que lo distinguían, no sólo en los tiempos antiguos, sino también en el siglo último; y el

arte que parece revestir más, en el momento actual, ese aspecto desembarazado que se ha querido traducir con la insoportable palabra « fin de siglo », es quizá la elocuencia.

La profesión de orador en público aparece en nuestro tiempo como el único oficio que no necesita de aprendizaje. Preciso es confesar que á todo el mundo le da por hablar. La carrera del foro ha llegado á ser una especie de camino estrecho en el cual se amontonan y se aplastan innumerables jóvenes: ¿qué importa? todos se precipitan en él.

Las sociedades de conferencias públicas, por otra parte tan dignas de ser alentadas, aumentan de una manera continua.

En fin, nuestras costumbres democráticas han tenido por resultado la producción de una cantidad considerable de personajes que se ven en la necesidad de hablar ante sus conciudadanos reunidos. No hay alcalde que no esté obligado á arengar en su consejo municipal; no hay individuo revestido de funciones públicas, por escasa importancia que ellas tengan, que no se crea en el deber de pronunciar su oracioncilla en un día de comicio agrícola. ¡Pero qué digo! ¿Esta necesidad de la palabra pública no persigue hasta á los hombres más modestos, en el seno de la vida privada? ¿Quién de nosotros no está expuesto á esta fatalidad inclu-

dible del « brindis », aun cuando sólo sea en un banquete de camaradas de colegio?

Así pues, queda convenido que todo el mundo es orador. ¡Orador, el obrero que, en una reunión pública, toma la palabra para censurar á su mandatario infiel! ¡Orador, el desgraciado presidente de una sociedad cualquiera que, en los postres de la comida corporativa, recita la penosa « improvisación » en cuyo exordio jura, por lo que hay de más sagrado, que no había previsto tener que tomar la palabra!

Lo que, de una manera general, forma el vínculo común de todas estas gentes, desde el abogado hasta el politicastro, es que parece que se imaginan que el discurso público no es susceptible de ningún arte especial, que es una cosa que puede eximirse de procedimientos, ó que, á lo menos (hablo aquí de los más ilustrados), una cultura un poco desarrollada constituye, para el arte de la palabra, una preparación suficiente.

Sobre esto, y desde épocas remotas, se han forjado sentencias. Boileau hizo circular sin duda la más célebre :

Lo que se concibe bien se enuncia claramente.

Reflexión que, entre paréntesis, es de una completa falsedad.

Lo que es menos sabido es que el mismo Quin-

tiliano, el supremo retórico, después de haber consagrado doce interminables libros á desarrollar todas las reglas necesarias para la formación de un orador, acababa por emitir esta confesión algo ingenua :

« El buen método, decía dirigiéndose á su público de jóvenes abogados, consiste en estudiar bien la causa y en conocer detalladamente todo lo que á ella concierne. »

Perogrullo habría confirmado con seguridad esta conclusión del más grande de los retóricos conocidos.

En nuestros días, el ilustre Liouville no ha estado al abrigo de esta incertidumbre de método en lo que al arte oratorio se refiere, puesto que, en un excelente libro (1) que contiene, por lo demás, lo que se ha escrito de más claro sobre la materia, ha insertado este aforismo :

« En verdad, el mejor método es el que mejor ayuda á litigar bien á quien lo emplea. »

Semejante lenguaje, revestido de cierta bondadosa naturalidad y viniendo de tan alto, ha sido, estoy convencido de ello, la causa de que muchos jóvenes oradores hayan buscado por largo tiempo

(1) *Abrégé des règles de la profession d'avocat*, pág. 188. Liouville et Mollot.

y con grandes dificultades los procedimientos más propicios para cultivar su talento.

Hay algo de verdad, sin duda, en la máxima de Liouville, si se la quiere interpretar en el sentido de que cada uno debe desarrollar su temperamento particular. Pero, de esto, á decir que un joven que se destina á hablar puede, al azar, emplear los procedimientos que encuentre á la mano y que llegará pronto á perfeccionarse por la sola rutina, hay un abismo.

Lo que precisamente me ha impulsado á escribir este libro, es la convicción que tengo de que entre todos los procedimientos aconsejados á los principiantes desde el *De Oratore*, para no remontar más lejos, existen algunos que son preferibles á otros, que se adaptan mejor á la constitución nerviosa del orador, que conducen más directamente al objeto y que son más conformes á las conclusiones fisiológicas y psicológicas de la ciencia actual.

No tengo la pretensión de creer que hago al mundo una revelación. Me conformo simplemente con afirmar que la lectura de este opúsculo podrá tener alguna utilidad para los laboriosos que saben que el esfuerzo incesante es la condición de todo progreso del espíritu.

El plan de esta obra es de los más sencillos :

En una primera parte examinaré lo que es la palabra ordinaria, conforme á la nueva psicología experimental. Me esforzaré en demostrar de qué manera se forma en el organismo, cuál es su mecanismo y cómo llega á proporcionar al hombre los elementos más esenciales de su intelecto.

En una segunda parte trataré la cuestión tan importante de la palabra interior considerada como preparación á la palabra exterior.

En una tercera parte examinaré las relaciones de la palabra con *las memorias*.

En una cuarta parte abordaré el estudio de los métodos racionales que deben guiar el *aprendizaje del oficio de orador público*.

Por último, practicando la psicología experimental, estudiaré en oradores conocidos y según los resultados de indagaciones personales, los procedimientos más acreditados de preparación oratoria.

UNA PALABRA DEL TRADUCTOR

Todos los que han leído el estudio de M. Maurice Ajam, *La Parole en Public*, están de acuerdo en calificarlo de excelente.

La crítica científica lo consideró, desde sus primeras ediciones rápidamente agotadas, de positiva utilidad para los jóvenes estudiantes que se dedican á la oratoria.

Es, en efecto, un libro que *enseña*. Y enseña, porque es un libro de ciencia y de método. Además, está al alcance de todas las inteligencias por la claridad de su lenguaje y por la sencillez de su exposición.

M. Ajam ha pedido luz á la ciencia, y la ciencia se la ha dado pródigamente. Su libro es la condenación definitiva de los viejos sistemas de re-

tórica, que con sus declamaciones metafísicas han pervertido el gusto literario orientándolo hacia lo ampuloso. Aborda los problemas de la fisiología y de la psicología que se relacionan con la expresión oral, y de las conclusiones firmes de esas ciencias infiere su método de enseñanza. Pero nos hace penetrar á la ciencia con tal tino, con tal medida, alumbrándonos con tal claridad el camino, que todo nos parece fácil, llano, preciso, nítido.

El principal mérito, á mi juicio, de la obra de M. Ajam, consiste en haber demostrado que se puede aprender á *improvisar*. La oratoria es la *improvisación*. Demuestra plenamente que el método *gráfico*, que consiste en preparar por escrito el discurso y confiarlo luego á la memoria, es absurdo. El arte oral es *distinto, completamente distinto*, del arte escrito. Se oponen científicamente. De aquí que sea preciso abandonar los antiguos sistemas de enseñanza que sólo tienden á desarrollar la memoria visual, la que menos necesita el orador, y procurar, en cambio, la educación de la memoria motriz, sin la cual no puede formarse un orador.

El libro de M. Ajam es, desde este punto de vista, un guía inmejorable para el maestro y un precioso consejero para el alumno. Claro es que

los que no tengan facultades no llegarán á ser oradores; pero sí podrán conseguir expresar con orden y claridad sus ideas. Claro es igualmente que los que tengan dotes naturales podrán alcanzar las grandes alturas de la elocuencia sin necesidad de reglas ni de enseñanza; pero, salvo la excepción del genio, el libro de M. Ajam ahorrará trabajo y encauzará excelentemente las facultades de los que se revelen oradores desde la juventud.

Me he permitido hacer una modificación en el plan de la obra, pero respetando cuidadosamente su pensamiento y su índole. He agrupado, en una primera parte, todos los capítulos de doctrina, incluyendo en ella los que se refieren á la *psicología de los auditorios*, que ocupan el último lugar en el texto original; y en una segunda parte he colocado la *ejemplificación*, es decir, los estudios sobre procedimientos oratorios. Además, como en el original sólo trató M. Ajam del sistema usado por oradores franceses, he incluido algunas notas relativas á oradores ingleses, italianos, españoles y mexicanos.

Creo, pues, que el libro cuya traducción ofrezco al público, es de innegable utilidad, especialmente para la juventud de las escuelas.

Mucho se ha escrito contra el parlamenta-

rismo, exagerando exageraciones de Spencer. La *elocuencia*, la expresión oral del pensamiento, es fruto de la democracia ; y, lejos de amenguarse, adquirirá todo su esplendor en la era de la justicia social. Se transformará, como se ha transformado ; es todo. Entre nosotros, por razones que no es del caso exponer aquí, no existe desde hace años la tribuna parlamentaria ; sólo nos queda, aunque con pocas libertades, la tribuna judicial. Però tarde ó temprano, la vida política del país renacerá en el Verbo del progreso.

México, 1905.

JESÚS URUETA.

LA PALABRA EN PÚBLICO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Fisio-psicología de la Palabra.

Sumario : *Definición fisiológica de la palabra. — Almacenamiento de palabras. — El sistema nervioso y la palabra. — El esquema de CHARCOT. — Preponderancia del sentido auditivo. — Oír es hablar. — LAURA BRIDGEMANN. — DE BONALD de acuerdo con KUSSMAUL. — M. STRICKER y M. ALFRED BINET. — El capital verbal. — Las localizaciones de los centros del lenguaje. — El centro de Broca.*

I

¿ Qué es la palabra ?

Los literatos se han complacido en multiplicar las definiciones del lenguaje, y á este respecto sólo tenemos la dificultad de la elección. En el género pomposo la palabra se convierte en el « signo dis-